



LA VISITA

MARIANA GRACIANO

Prólogo de
ANTONIO MUÑOZ MOLINA


Alliteration

LA VISITA | MARIANA GRACIANO

Primera edición en español por Demipage, Madrid, 2013

Segunda edición: noviembre, 2023

© Mariana Graciano

© Del prólogo: Antonio Muñoz Molina

© Alliteration Publishing, 2023

Diseño: Elena Roosen

Portada: Andrea Martínez

Corrección: Félix García

Coordinación editorial: Amayra Velón

ISBN: 979-8-9876541-9-4

INVITACIÓN A LOS CUENTOS DE MARIANA GRACIANO

La imaginación de Mariana Graciano parece instalarse con una tranquila naturalidad en ese lado raro o fantástico de lo cotidiano que suele ser perceptible sobre todo a la mirada infantil. Hay niños en sus cuentos, niños y niñas, huéspedes observadores y sigilosos del mundo de los adultos. Y hay también adultos, padres, madres, abuelos, tíos que andan siempre un poco perdidos, o así lo parece. En parte porque están vistos a través de la mirada de los niños, en parte porque aunque se han hecho grandes no han perdido la sensación de extravío o destierro que se experimenta al final de la infancia, y que se olvida pronto, aunque no cesen sus efectos. El niño observa con mucha intensidad, pero, como le falta información, lo que observa tiene casi siempre un carácter de estampa aislada, como de polaroid. Porque ni el pasado ni el porvenir tienen todavía importancia, el presente queda agigantado, y por eso las casas de la infancia son tan grandes en el recuerdo, y los períodos de tiempo tan prolongados, tan estáticos.

Casi todos los escritores contemplan esos espacios y tiempos infantiles desde la lejanía de sus conciencias adultas. Mariana Graciano las invoca en presente, y por eso su efecto de maravilla y extrañeza es mayor. Niños y adultos habitan mundos simultáneos pero paralelos, casi del todo ajenos entre sí. Los únicos

vínculos seguros son los de la ternura. En estos cuentos en los que el estilo es tan austero, tan ceñido, con una dicción más poética que narrativa, importan mucho las inflexiones coloquiales del habla, porque en ellas está contenido y expresado el afecto. Los niños juegan a sus cosas o se cuentan historias, y los adultos van a lo suyo en esa zona periférica que ocupan. En las tardes tórridas de verano duermen siestas larguísimas, inexplicables para la impaciencia infantil. Beben, se entusiasman con cosas incomprensibles, viven dramas interiores que los niños observan sin comprender, tan solo con una sensación de alarma, porque el niño siempre teme que el mundo esté a punto de desmoronarse, y también porque casi telepáticamente es sensible a la fragilidad de los adultos y quisiera protegerlos.

En esa zona fronteriza entre la vida de los niños y la de los adultos, tan querida para Mariana Graciano, se insinúa con frecuencia lo fantástico. No lo atolondradamente mágico del realismo mágico, sino algo mucho más pudoroso, más cercano a la sospecha que a la certidumbre, al desasosiego que al miedo. Los adultos, en sí mismos, tan desmedidamente grandes, tan incomprensibles, ¿no son siempre una fuente de asombro? Y, desde la altura en la que se mueven y miran los niños, la realidad muestra fisuras y zonas de misterio y de sombra que el adulto no ve. Una luz brilla sin explicación en la negrura de una noche de verano, en ese espacio de oscuridad y peligros que hay más allá de una casa iluminada. En un patio se oye un ruido como de algo o alguien que escarba desde el subsuelo. Una rata se esconde en el rincón que hay detrás del sofá.

Pero el adulto tampoco está libre de la palpitación de lo inesperado o lo amenazante. Los adultos de Mariana Graciano suelen ser tan forasteros como los niños en la normalidad quebradiza del mundo. Esa amable vecina extranjera puede esconder una identidad atroz, como esos personajes de las películas de miedo que se arrancan despacio una máscara de goma. El amor deja a alguien súbitamente desalentado y extraviado. La

enfermedad socava la memoria y una persona mayor se convierte en un niño asustado y perdido por una calle que no comprende. En la penumbra de lo no explicado alienta la poesía.

Antonio Muñoz Molina

LA VISITA

MARIANA GRACIANO

LA VISITA

A veces todavía creo escuchar por mi ventana el cacareo y me despierto. Me toma unos segundos reconocer la cama, la habitación, la ciudad. Me pregunto qué habrá sido de aquel lugar, si acaso alguien estará viviendo allí, si existirá todavía o si habrá sido demolido, si ahora será todo pura tierra y yuyal olvidado o si habrá animales pastando, relamiéndose y masticando sin saber vestigios de pasado.

Fijo la mirada en uno de los bordes de mi mesa de luz y dejo de pestañear hasta que la mesa se desvanece, hasta que solo veo manchas, y empiezo a reconstruir el recorrido a la perfección: primero salir del pueblo, dejar el pavimento, hacerle frente al camino de tierra. Dejar que la nube de polvo detrás del auto se lo vaya comiendo todo, atrás, la gente, las casas, las farmacias, los negocios, el mundo, adiós.

Dos kilómetros en línea recta y al llegar a la proveeduría, girar a la derecha, continuar por un kilómetro, luego girar a la izquierda. Después de algunos minutos ya empezaban a divisarse los dos pinos de la entrada. Una vez allí, el perrerío, las gallinas picoteando y cagándolo todo, el sol arrasando la tierra. Apenas mi papá frenaba, yo ya estaba lista para bajarme. Abría la puerta rápido, notaba el entumecimiento de mis piernas después de las horas de viaje. Hola, qué grande estás, otro beso, tío,

abrazo, primos, tía, hola, perro viejo, perros nuevos y detrás, detrás de nuestras voces, el profundo silencio del monte.

Bajábamos las valijas, encimábamos nuestras cosas en una de las habitaciones y mi mamá nos mandaba enseguida a cambiarnos, a ponernos la malla aunque no había dónde bañarse. La ropa no se aguantaba, menos los zapatos. Era cuestión de procurar la sombra todo el día y de darse baldazos con agua fría del pozo.

Mi prima Luciana me seguía el paso. Nos mirábamos, nos sonreíamos sin hablar mucho, reconociéndonos otra vez, después de un año, similitudes y diferencias.

A la media hora ya estábamos por ahí, explorándolo todo, charlando, jugando, planeando cosas para el día siguiente, mientras iban llegando más tíos, más primos, más coches, más bolsos.

Los que no estaban en la casa para el mediodía del 31 de diciembre, ya no vendrían. Seríamos los que estábamos. Nosotros solíamos llegar el 30 y quedarnos hasta el 2 o 3 de enero.

Por la tarde se dormía la siesta. Mi mamá se metía adentro de la casa, se acostaba en el cuarto que había sido suyo, con las ventanas abiertas y el ventilador al máximo dándole de frente. Mi papá prefería recostarse en cueros bajo el ombú. Yo también. Aunque no dormía, solía quedarme allí abajo mirando el camino, el horizonte, lejos, seco y brillante.

Cuando el sol bajaba un poco, los primos nos disfrazábamos con la ropa vieja que encontrábamos en una de las habitaciones, corríamos, bañábamos a los perros, nos embarrábamos hasta las rodillas, montábamos un circuito de obstáculos para las carreras de bicicletas, acariciábamos a los pollitos, asustábamos a los chanchos y decorábamos el gallinero con flores, tanto que la Luci se quería quedar a vivir ahí. Cerraba la puerta con el gancho de alambre, se sentaba y teníamos que dejarla porque no había manera de hacerla entrar en razones, de explicarle que ella no podía vivir ahí, que esa era la casa de las gallinas. La

recuerdo encaprichada, cruzada de brazos, sin querer salir, en su palacio, soberbia reina de las gallinas.

Y recuerdo ese último viaje. La noche antes de volvernos, dejamos las valijas listas para salir a la mañana temprano. Cenamos. El resto de las visitas ya se había ido. Solo quedábamos nosotros. Nadie se animaba a ir a la cama por el tremendo calor. Se te pegaban las sábanas al cuerpo y no se podía dormir.

Mi papá se había quedado afuera, tratando de tomar un poco de fresco. Tomé coraje para atravesar la juntada de sapos que había justo al lado de la puerta y salí a ver qué estaba haciendo. Se balanceaba apenas en la mecedora de lona gastada, alumbrado por la luna y el reflejo de la luz de la cocina. Busqué otra silla y me senté a su lado, sin decir nada. La noche en la tierra era de una oscuridad profunda, negro el camino, los árboles, todo, pero en el cielo, deslumbraba.

Me distraje viendo dos luciérnagas entre mis pies y en el pasto, y entonces mi papá:

—¿Viste eso, hija?

—No, ¿qué?

—Ahí, mirá.

Apuntó con el índice al cielo y sí, vi. Había una luz distinta a todas las demás, más brillante, más cercana y en movimiento.

—¿Lo ves?

—Sí —le respondí. Ya estaba asustada.

—Parece como que se está moviendo a la derecha, ¿no?

—Sí...

Y sí, se movía porque cuando empezamos a verla estaba detrás de la casa y ahora ya estaba por encima del galpón. Cada vez nos costaba más divisarla. Me tuve que parar en la silla para poder seguir su trayectoria. Mi papá también se había parado y estiraba el cuello. Observamos un rato sin decir nada, entre el chirrido de los grillos y el zumbido de los bichos revoloteando el foco.

—Andá, andá adentro a llamar al tío, hija.

Salí corriendo. Llamé al tío, al dueño de casa, al de la piel curtida, claro.

—Tío, vení que dice mi papá que vengas porque hay como una luz afuera.

Y el tío que era el único que ya estaba dispuesto a dormirse me miró como diciendo: «¿hace falta?», pero no lo dijo, no dijo nada y salió a ver qué pasaba detrás de mí, descalzo y en calzones.

Para cuando volví afuera, mi papá se había corrido unos metros y seguía parado, mirando hacia el galpón.

—Vení, Efraín, vení. Mirá esto.

El tío se acercó sin ganas y alcancé a ver cómo se transformó su gesto, cómo juntó las cejas y se quedó sin palabras.

—¿Y eso qué es?

—Pst... no sé, ¿qué podrá ser?

Y yo también caminando en puntitas, entre el miedo a los sapos y a lo que pudiera venir del cielo, me acerqué hasta mi papá y lo tomé de la mano.

—Mirá, mirá...

La cosa empezó a moverse más rápido, acercándose, alejándose, zigzagueando.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre asomándose por la puerta. Se acercó ella también, seguida de mi tía y la Luci.

—Ahí no hay nada. Eso es puro monte nomás—. Dijo mi tío sin sacarle los ojos de encima a aquello.

Nos quedamos los seis callados, viendo como la cosa brillaba y se movía aleatoriamente. Hasta que ya no pudimos verla más.

Esa noche, en la habitación, la Luci me pidió que le diera la mano porque no se podía dormir. Yo tampoco.

Al amanecer cargamos las cosas, nos despedimos y desanduvimos ese camino por última vez.

ESE HOMBRE

Siéntese.

De pie.

Gracias.

Siéntese.

Buenos días.

Gracias.

De pie.

Vivo en un edificio de dos departamentos. Yo estoy en el primero. En la planta baja vive Gutiérrez. Su apellido se lee en el buzón: «PB: Gutiérrez». No «Familia Gutiérrez». Solo Gutiérrez.

La primera semana que pasé en este departamento lo vi salir al patio y regar la única planta que tiene, un potus. Nada me llamó la atención. Noté que tenía las paredes pintadas con cal. La planta a la izquierda y un banquito, también blanco, a la derecha. Habrá sido cerca del mediodía porque el sol sobre tanto blanco encandilaba.

Aquella primera vez, la recuerdo bien, regó la planta, volvió a entrar a su departamento y salió al patio de nuevo. Yo fumaba en la ventana, tratando de que el humo no entrara a mi cocina.

Se paró firme frente al banquito blanco. Dijo en voz alta: «Siéntese». Lo hizo. Permaneció sentado aproximadamente dos

minutos. Ordenó: «De pie». Se paró. Entró y cerró el ventanal que está exactamente debajo de mi ventana.

Levántese.

De pie.

La voz de Gutiérrez me despertó a la mañana siguiente. No supe si realmente lo había oído. Me duché, tomé un café rápido y no quise abrir la ventana. Sabía que si lo veía ahí, llegaría tarde al trabajo. Para cuando volví eran ya más de las nueve de la noche y llovía torrencialmente. Estaba cansado y hambriento. Me hice un sándwich, comí, tomé una lata de cerveza, un cigarrillo y abrí la ventana.

Gutiérrez estaba parado bajo la lluvia, de espaldas a mí, frente a la pared de cal blanca. Dijo «gracias» y se sentó. Luego, «de pie» y se levantó. «Siéntese» y se sentó. Yo también. Pegado al marco de la ventana, no pude sacarle los ojos de encima por largo rato. Gutiérrez inmóvil sentado bajo la lluvia.

Era casi medianoche cuando decidí cerrar la ventana. Llovía y Gutiérrez seguía petrificado en su banquito. Me fui a la cama preocupado por la hora y el trabajo pendiente.

Apagué la luz pero no podía cerrar los ojos. Me quedé mirando el techo de mi cuarto, la mancha de humedad, las sombras y las luces que se proyectaban en la pared cada vez que pasaba un auto. La última vez que miré el reloj eran las cuatro. A las siete me despertó la alarma. Fui al baño. Me miré al espejo cuando me lavaba la cara. Tenía las mismas ojeras que mi madre.

En seguida abrí la ventana de la cocina. Gutiérrez ya no estaba ahí. Gracias a Dios. Gracias. Tomé un café y salí.

Hace ya una semana que estoy intentando cruzarme con Gutiérrez en el pasillo, en las escaleras o en la puerta del edificio. Me he quedado esperando por horas algún ruido que me indicara la presencia de Gutiérrez. He estado llegando tarde al trabajo y volviendo rapidísimo, pensando que quizás Gutiérrez pudo haber salido en mi ausencia.

Cada noche observo desde mi ventana su ritual privado. Anoche esperé a que saliera al patio para confirmar que estaba en el departamento. Lo vi regar el potus y bajé las escaleras. Llamé a su puerta, toqué el timbre y grité su nombre varias veces pero nada pasó. Cuando regresé a mi departamento, Gutiérrez seguía en la misma posición.

Estoy perdiendo horas de trabajo. Él sigue saliendo al patio cada noche a las diez y ejecuta su performance ante mí, su silencioso cómplice. Necesito volver a mi rutina, cenar tranquilo viendo la televisión, ir a la cama a las once y descansar como se debe para poder rendir en el trabajo al día siguiente. ¿En qué clase de idiota me estoy convirtiendo? Quiero golpearlo y golpearme. Quizás con un mazazo pueda acomodarle las ideas a él. Y a mí. Sí, un mazazo... aunque quizás los salpicones de sangre en la cal blanca formarían un rompecabezas demasiado obvio para un forense. Mejor una lobotomía, como las de Freeman, con un pica-hielo y un mazo de caucho. Hay que martillar el pica-hielo en el cráneo sobre el conducto lacrimal y moverlo hasta cortar las conexiones entre el lóbulo frontal y el resto del cerebro. Freeman ni siquiera era cirujano, yo tampoco. Al menos si Gutiérrez queda babeando en el banquito sentado frente a la pared le habré ahorrado el trabajo de responder a sus mandatos infernales.

Soñé con él. Yo vivía en la planta baja y babeaba frente a la pared. Gutiérrez me miraba desde mi cocina. La pesadilla me despertó. Me levanté a hacerme un té de tilo y abrí la ventana como máquina. Gutiérrez, erguido de espaldas a su pared blanca, miraba directo a mi ventana.

Ya no entro a la cocina. La cercanía de la ventana y un potencial Gutiérrez expectante me incomoda. Me la paso comiendo porquerías a la salida del trabajo y pidiendo empanadas a domicilio. Ceno en el living o en mi cama, con la televisión al máximo.

Cuando volví del trabajo sentí un tufo terrible en mi departamento después de tantos días de dejar todo cerrado. Entré a la cocina y abrí la ventana. Gutiérrez estaba en el patio, mirándome desnudo. Los dos nos quedamos inmóviles por largo rato. Al principio estaba seguro de que él me miraba a mí pero luego comencé a dudar. En verdad con la distancia no llegaba a ver la órbita de sus ojos. Asumí la trayectoria de su visión siguiendo el eje de su cabeza pero quizás no... quizás sus ojos estuvieran fijos en un punto en la pared o en el marco de mi ventana o en algún signo que solo su percepción vislumbraba.

Basta. Tengo que llamar a la administración o a la policía si hace falta. Que todos sepan que hay un enfermo, un autista, un psicópata hijo de puta en el edificio.

Tuve una reunión con el encargado en el hall del edificio. Le expliqué la situación, me escuchó sin hacer comentarios. Solo me dijo que lo había visto pocas veces, que no era de salir mucho de la casa. Propuso que le tocáramos el portero eléctrico a Gutiérrez y esperáramos a ver si se dignaba a atender. No pasó nada, claro. Insistí en que, por lo menos, fuéramos hasta su puerta y le tocáramos el timbre del departamento. Él tocó, yo toqué. Golpeó, golpeé. Lo llamó. Yo grité su nombre. Lo convencí de que subiera a ver el espectáculo con sus propios ojos desde mi departamento. Cuando abrí la ventana, Gutiérrez ya no estaba ahí. El encargado me miró con fastidio. «La próxima vez, sáquele una foto», dijo y se fue.

Después de eso a Gutiérrez no lo volví a ver. Me asomo cada noche esperando encontrarlo pero ya ni siquiera sé si él está aquí abajo. El potus sigue ahí. No crece, ni muere. Quisiera al menos poder regarlo desde mi ventana.